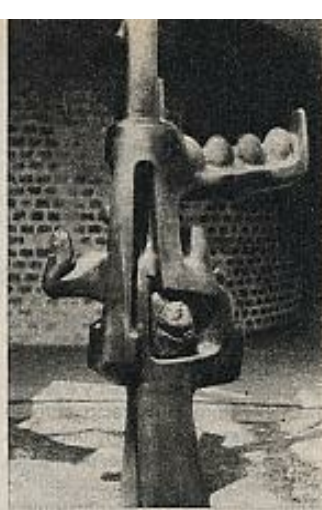


# DE LA EXPOSICION INTERNACIONAL DE PARIS AL INSTITUTO SUPERIOR DE ARTE DE CUBA



"Fusil", escultura de Enrique Moret.

MANUEL CARNERO MUÑOZ



Moret, ante la Escuela de Arte de La Habana.

**D**URANTE el mes de febrero de 1939, por las fronteras del Pirineo, pasaron a Francia medio millón de españoles empujados por la derrota militar y por el temor justificado a una represalia sangrienta, que había sido la nota dominante en el lento caminar —treinta y dos meses— del ejército victorioso por todo lo largo y ancho de la tierra patria.

Entre ese medio millón de españoles, que empezaban el doloroso exilio, figuraba Enrique Moret Astuells. Era, entonces, uno más que dejaba anhelos e ilusiones en la tierra que quedó atrás y llevaba una sola esperanza, la de todos los exiliados: volver. En aquellos momentos dolorosos, ni siquiera pensaba que había empezado a hacer escultura y que, durante un tiempo, entrevió el éxito cuando logró que una obra suya mereciera el honor de ser enviada a la Exposición Internacional de París.

Han transcurrido treinta y nueve años desde aquel paso de frontera y Moret ha hecho esculturas, muchas esculturas, que no están en la Patria española, que hay que verlas por las ciudades de la entrañable Cuba, que acogió a este escultor español, le permitió realizarse y hoy le cuenta como creador de artistas en su función docente en el Instituto Superior de Arte de la isla del Caribe.

Una vez, él nos contó en Cuba su "currículum vitae":

—Nací en Sueca, en septiembre

de mil novecientos diez. Un pueblo que, me atrevo a decir, era entonces el centro arrocero de España. Está situado a unos veinte kilómetros de la capital valenciana. Allí todo el mundo era campesino. Pero mi familia, no. Mi padre tenía un

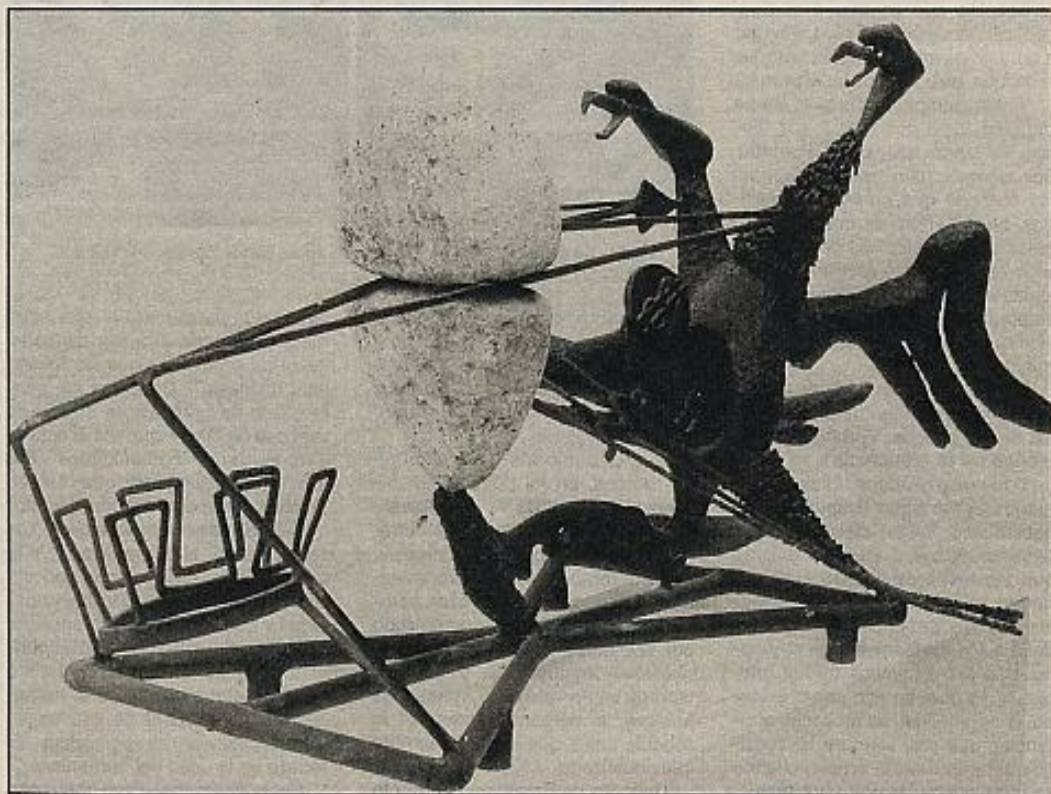
pequeño negocio muy particular. Lo que se llamaba entonces un trinquete, juego de pelota de indudable origen árabe. Una especie de deporte que, en aquella época, tenía mucha aceptación. Estuve en Sueca hasta los trece años. La muerte de mi padre nos dejó, prácticamente, en la indigencia, y fuimos recogidos en Valencia por la familia Paterna, gente obrera. Empecé a trabajar de aprendiz en un taller de muebles, ganando una peseta de jornal. Más tarde pasé a uno de bronce, ganando seis reales. Y, finalmente, a otro de marmolista, en donde se hacían losas para muebles y lápidas para cementerios. Entonces tenía quince años y ganaba dos pesetas. Al terminar la jornada, me quedaba allí para aprender el tallado. Hacía figuritas, flores... Por ahí empecé.

Aunque, inicialmente, todos estos trabajos los hacía por la perentoria necesidad de contribuir a la

vida familiar con su esfuerzo y sus miserables jornales, Moret se enamoró profundamente de la madera, del bronce, del mármol, presintiendo que iban a ser los elementos básicos de su trabajo futuro. Y se empecinó en estudiar, en aprender, pese a las dificultades que para ello encontraba en aquellos tiempos un aprendiz de obrero.

—Ingresé en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos. Alternaba el trabajo con el estudio. De siete a once de la mañana trabajaba para ganar el pan de cada día. Abandonaba el taller para marchar durante una hora a la clase de anatomía y durante dos a la de modelado. Reanudaba el trabajo por la tarde. A las seis iba a la clase de dibujo y a las ocho de la noche volvía al taller, para completar las dos horas que me faltaban para la jornada.

Moret no olvida que todo ello fue posible por la generosidad del maestro de taller, que toleró ese



"Símbolos del Imperialismo yanqui".

anormal horario y, en bastante medida, impulsó su afán artístico.

En el año 30 hizo el servicio militar. Y en julio de 1936 marchó al frente como miliciano.

En 1937, en plena guerra, se celebra la Exposición Internacional de París. Un pabellón acoge la obra de los artistas de un pueblo en armas. Allí está el *Guernica* de Picasso, el *Pagés català* i la *revolució* de Miró, *El pueblo español tiene un camino que conduce a una estrella*, de Alberto Sánchez, y la obra de un escultor novel, la talla en madera *En la España leal*. El derecho del artista valenciano a participar en la Exposición de París fue conseguido a través de un concurso nacional, convocado por el Gobierno español a tal fin. La madera reflejaba el horror de un bombardeo aéreo. Esa fue la única obra que hizo durante los treinta y dos meses de guerra. Lo demás fue cumplir, como combatiente, su deber para con la Patria.

Esa madera, que tanto significaba para Moret, se perdió. Nunca tuvo noticias de ella. Pero el autor no la olvidó nunca. Y trató de rehacerla. En casi todas las exposiciones en que han figurado obras de nuestro compatriota, ha ocupado lugar de honor *En la España leal*. De cómo fue esto posible, nos habló la primera vez que la contemplamos:

—Esta madera es antiquísima. La conseguí en la República Dominicana, cuando iniciaba mi exilio en América. Pertenecía a la Universidad de Santo Domingo, quizá la más antigua del continente. En unas obras de reparación del edificio salló esta trozo de madera, que se consideró inútil, y yo empecé a trabajar en ella, con el recuerdo que tenía de la que envía a París. Como ves, es un reflejo, un testimonio de la guerra que sufrió nuestro pueblo. Tenía yo entonces muy fresca la reiterada imagen que había visto en campos y ciudades. Estas caras de mujeres horrorizadas por el salvaje bombardeo, estaban todavía en mi retina y para mí son inolvidables.

Hemos seguido, día a día, el trabajo de Enrique Moret. Le hemos visto trabajar en el jardín de su casa habanera, o en el amplio espacio de la Escuela Nacional de Arte, en el reparto Cubanacán.

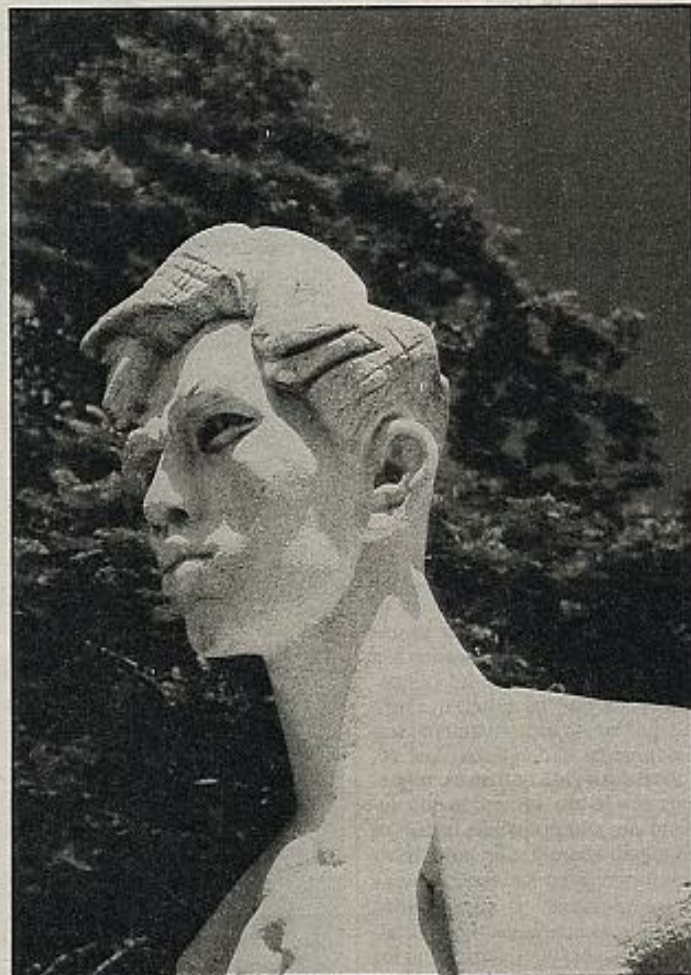
El que quiera conocer las esculturas de este hombre de Sueca, trasplantado, por obra y desgracia de la guerra de España, a la isla que bautizara Colón como la *más hermosa*, tendrá que caminar de un lado a otro, por aquella tierra, para encontrar sus mármoles y sus broncees clavados en ella. Pero sin salir de La Habana podrá ver la cabeza de Pablo de la Torriente Brau, instalada en un rincón externo de la Facultad de Humanidades; el busto de Julio Antonio Mella, en el parque de la Terminal Ferroviaria, casi junto a un trozo de la muralla colonial, la grácil figura de Fe del Valle,

en el jardín construido en el lugar que ocupaba —Galiano y San Rafael— la tienda en que ella trabajaba, y que fue incendiada y destruida por los agentes de la CIA, en los primeros tiempos de la revolución. Y también el grupo escultórico en honor del héroe vietnamita Van Troi, en los jardines exteriores de la Escuela Normal. Con esas cuatro obras, Moret quiso rendir homenaje a la memoria gloriosa de cuatro jóvenes, uno —Pablo—, que murió por

becarios procedentes de toda la isla. La experiencia fue muy provechosa.

Decenas de muchachos y muchachos contemplaban las esculturas, una a una. En torno a cada estatua, una animada discusión sobre el significado y la forma.

El grupo de las *Rocas andinas* excitó la atención. El dolmen central sobre todo. La imagen del "Che", reiterada en el yeso; los nombres de los guerrilleros de



Cabeza de Van Troi, el héroe vietnamita, escultura central del monumento instalado en el parque habanero de igual nombre.

la libertad de España en los campos de Majadahonda; otro —Mella—, asesinado por el tirano Machado por ser luchador insobornable por la libertad plena de Cuba; otra —Fe—, obrera muerta en el incendio de su centro de trabajo, por los constantes agresores de su patria, y otro —Van Troi—, ejemplo en la lucha del pueblo vietnamita contra los invasores yanquis.

Uno de los anhelos de Moret es llevar su arte a sectores del pueblo —no llevar al pueblo a su arte— y discutir su propia obra con los espectadores. En una ocasión se le ocurrió exhibir ante gentes muy jóvenes parte de su obra. Y la instaló en los jardines de una lujosa casona, que fue antes de la revolución residencia de un millonario, en el aristocrático barrio de Miramar, y que hoy es residencia de jóvenes

América, grabados en la base del dolmen. Las cabezas de combatientes barbudos que se extienden en forma de piedras por la tejanía...

Los muchachos y muchachas miran con repugnancia un amasijo de hierros de un avión destruido, un corazón sanguinolento con el rótulo "made in USA". Moret explica: "Hay guerras justas e injustas. Los yanquis hicieron en Vietnam una guerra injusta. Los vietnamitas libraron una heroica guerra justa. Esta escultura, efectivamente, da asco y repugnancia; es la expresión de la sucia y miserable guerra que hicieron los yanquis".

De escultura en escultura va Moret apuntando sus ideas. El artista, rodeado de la muchachada, trata de esbozar alguno de sus conceptos: "Toda mi obra es comprometida y militante, de peles. Pero

esta obra combatiente hay que hacerla de la forma más bella y más de nuestra época, de este momento".

Y más adelante, ante aquellos jovencitos, hace una especie de resumen de la experiencia: "Sería conveniente que esto que estamos haciendo hoy aquí se hiciese con más frecuencia. Que los artistas tuviésemos más contacto con vosotros, los jóvenes. Que explicásemos las motivaciones que tuvimos para hacer nuestra obra, los métodos, la forma que hemos empleado. Se nos comprendería mejor, se interpretaría con más certeza la obra artística y se llegaría a saber que un artista no es nada extraordinario, no es nada anormal. Aquí hay calor humano y comprensión. Me parece que, después de este encuentro, sabéis algo nuevo. Y quizá penséis, como yo, que el artista tiene que ofrecer una imagen nueva, una imagen en la que se capte la personalidad del modelo y cómo la interpreta su propia personalidad".

No sabemos si Enrique Moret ha repetido aquella valiosa experiencia. Si, como pensaba, ha llevado sus esculturas a fábricas y otros sitios que no tengan la severidad de las exposiciones habituales. Pero suponemos que si lo ha realizado habrá comprobado —una vez más— que hasta los menos conocedores del arte saben comprenderlo, cuando se acerca el arte a ellos de una manera sencilla, como lo hacían las Misiones Pedagógicas en los días anteriores a la guerra civil en España.

En la recuperación de los valores que la guerra lanzó al exilio, falta todavía que en España se conozca lo que han hecho artistas que surgieron en aquellos días de grandes esperanzas y que ahora —en algunos casos— todavía es ignorado. De Enrique Moret, obrero valenciano, nacido en Sueca en 1910, que a golpes de esfuerzo se hizo escultor, que participó con una talla en madera en la Exposición Internacional de París, que se realizó en Cuba, que es en la actualidad decano de la Facultad de Artes Plásticas del Instituto Superior de Arte de Cuba, no se ha escrito nada en nuestra España. A no ser —y la excepción creemos que es única— un cariñoso artículo de Manuel Pizá, después de una conversación con Moret en una de sus visitas rápidas a La Habana.

Pero no basta con publicar un artículo, unas notas, tratar de seguir la obra que va haciendo Moret. Pensamos que habría que conseguir que este escultor, nacido en España, expusiese en nuestro país algunos de sus mármoles, maderas, broncees, cerámicas, terracotas, sus estatuillas en estaño. Sería un reencuentro de España con aquel escultor que dejó durante un mes las armas para tallar una madera que llegó hasta la Exposición Internacional de París de 1937. ■